

ANDRZEJ STASIUK

TAKSIM

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE ALFONSO CAZENAVE

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Taksim*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2009 by Andrzej Stasiuk
© de la traducción, 2015 by Alfonso Cazenave Cantón
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.



ISBN: 978-84-16011-62-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 851-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

En otoño se nota que la ciudad va a morir. Los que habían de irse, ya hace tiempo que se fueron. Al anochecer se siente el olor de la hojarasca ardiendo. El humo se mezcla con la niebla y envuelve los arrabales. Las luces se vuelven amarillentas y mortecinas. Hay que estar atento a los peatones, pues son negros como el asfalto. A veces la atravieso a lo largo y a lo ancho y veo que no hay ni dónde, ni para qué bajarse. Cuatro cruces, una rotonda, los semáforos parpadean en ámbar ya a las diez de la noche. Cuando el viento sopla del norte, trae el hedor de la fábrica muerta. Todos se han marchado ya. Sólo quedan los que no son capaces. Se despiertan por la mañana, miran por la ventana y no salen. A no ser que tengan perro. Entonces van a la plaza mayor a mirar las esquelas, a ver quién ha palmado y a consolarse con que esta vez todavía no les ha tocado a ellos.

A las diez todo está muerto. Sólo sigue viva la gasolinera. Nadie reposta. Todos compran alcohol o pasan el rato en el bar. Tienen coches cada vez más grandes, más baratos y más viejos. Se los compran a los pícaros que comercian con chatarra extranjera. Sí, todos se largan de aquí o se traen algo de fuera. Aquí no hay nada. Esos coches no tardarán en descuajaringarse, se les desprenderá el suelo y las carrocerías irán a parar a los bosques de las afueras. Ya no habrá quien compre esos restos. Serán habitados por zorros o perdices. Los zorros son listos. Los veo cada vez más cerca de la ciudad. La gente tira la comida. La compra y no se la puede comer. Es barata y asquerosa. Perfecta para los zorros. A veces cruzan corriendo la carretera como perros o gatos. Comen el chorizo de los humanos y viven en ber-

linas oxidadas. Pues nadie va a limpiar esto. Chatarra vieja y apenas útil. Pero a los de la gasolinera les trae sin cuidado. Por lo general van rapados, son flacos y tienen orejas de soplillo. Como si estuvieran desnutridos. A veces echo gasolina por la noche y los observo a través del cristal. Sus movimientos son nerviosos e insectiles. Seguro que les pegaban de pequeños. En vano. Son tontos y maldicen sin parar. Pero luego, cuando se separan, cuando se quedan solos, se escurren a hurtadillas a la sombra de los muros sin levantar la vista.

Los polis también se reúnen allí. También suelen ir rapados. Si acaso, se les ve tal vez algo mejor alimentados, más grandes, más cebados, más seguros de sí mismos. Pero es una seguridad que han aprendido del cine estadounidense. En la ciudad, aparte de la gasolinera, por la noche solo están abiertos los videoclubs. La gente alquila dos, tres, cuatro películas y vuelve a casa. Los polis no se diferencian en nada de la gente. Si acaso, puede que se crean mejores que los otros. Pero no lo son. Son iguales que los rapados de orejas de soplillo. Ven las mismas películas y, al igual que ellos, pasan las horas muertas en el bar de la gasolinera. Y también esperan una revolución que lo cambie todo. Es algo que se siente en la ciudad: la espera. Todos se dedican a la vida de forma provisional. La dejan pasar con la esperanza de que todo se vuelva patas arriba, de que se convierta en algo completamente diferente de lo que es, de que los últimos sean por fin los primeros.

Anoche me encontraba sentado junto a una mesa ocupada por un padre y su hijo. Eran forasteros. Se les reconoce fácilmente, porque no se sienten seguros. Miran constantemente a su alrededor. Incluso cuando reina la calma no pueden evitar lanzar miradas a los lados, como si esperaran un golpe o una provocación. El padre era grande, gordo y bigotudo. Estaba repanchingado descuidadamente, pero

no paraba de mirar. El hijo se parecía a él, la comida abundante y barata ya empezaba a expandirlo. Yo estaba esperando a alguien y les escuché durante media hora. Sobre todo hablaba el viejo. De un coche, o, para ser exactos, de las puertas de un coche, de si compensaba pintarlas y cambiar la tapicería. El hijo básicamente estaba de acuerdo en todo y asentía con la cabeza. La palabra «tapicería» se repitió como diez o quince veces, jalonando rítmicamente la insípida perorata. El viejo confería a este rollazo la gravedad propia de los sermones paternales sobre el sentido y las encerronas de la vida. Estaban comiendo potaje de judías. En la cocina se freían sendos filetes de lomo rebozado. En cierto momento el monólogo se deslizó imperceptiblemente hacia un teléfono móvil que vendían a un precio asequible «con todos los extras». El hijo asentía de nuevo, intercalando monosílabos. Luego se levantó y fue hasta la barra a buscar los segundos platos. Llevaba un chándal de nailon azul oscuro. El padre, una cazadora de cuero.

La persona a la que estaba esperando no llegó y tuve que irme. Los vi otra vez por el cristal. El viejo tragaba despacio y hablaba entre bocado y bocado. El joven comía con la mirada clavada en el plato. No eran de aquí, pero se dirigían a algún lugar parecido. A Żłobiska, pongamos, o más allá, cerca de la frontera. Seguramente allí hay, menos coches y farolas, pero el resto es idéntico. Pero ahora estaban sentados sobre polipiel, ante una mesa de madera ficticia, al lado de una planta de plástico, en aquel interior niquelado y reluciente como una patena, y no tenían ninguna prisa por irse a casa. Así surgió esta ciudad. La gente empezó a venir aquí porque no aguantaba más en la suya. Ahora huye de aquí, haciendo sitio para otros como los de la gasolinera. En el negocio ha de haber movimiento. Después

todo decae y el movimiento se traslada a otra parte junto con los negocios. Quedan los que ya no tienen fuerzas. En todas partes son ellos quienes se quedan y dan cuenta de las sobras. Como yo.

Bastan diez minutos para llegar de una punta a otra. En toda la ciudad hay veintidós tiendas de ropa usada. Algunas son como las de ropa nueva (espejos, probadores, mucha luz), en otras se entra como en un sótano. No tienen ventanas ni ventilación. Todo lo traen de Europa. Eso dicen. Una vez a la semana entra en la vía muerta un mercancías y descarga grandes fardos de ropa prensada. Las dueñas de las tiendas, pues son todas mujeres, se reparten el cargamento, lo pesan, lo pagan y lo meten en furgonetas. Esto ocurre los martes y entonces las tiendas no abren hasta el mediodía. La gente dice que todo viene de Europa. Eso dicen, porque para ellos París es siempre un consuelo. Sobre todo para las mujeres, que remiran las prendas al derecho y al revés, las levantan hacia la luz, las extienden y luego dicen: «Déjemelo apartado. Mañana vuelvo con el dinero».

El tren de los martes sigue luego hacia las montañas, hacia la frontera, arrastrando vagones del mismo tipo hasta Sabinov, Gönc y Bistrița. En el descargadero esperan mujeres, coches y hombres contratados para hacer la carga, y en Bistrița, además de los coches, hay carros tirados por caballos. Las mujeres pagan por kilo, pero no hay cómo pesar todo aquello, de modo que discuten con los mayoristas de los vagones, que se hacen un lío con las palabrotas en cinco lenguas. Así son las cosas por estos pagos: rubias teñidas extraen prendas sueltas de los apretados fardos, las levantan, las plantan ante las narices de los granujas sebosos con cazadora de cuero y chillan: «¿Esto es París, esto es Francia?! ¡Esto es la puta Turquía!».

Me lo conozco muy bien. En tiempos trabajé para ellas con la furgoneta. Me llamaban y me decían que fuera a las

siete, a las seis o más temprano. Recuerdo el tufo a detergente barato. En verano se hacía insoportable. Media hora bajo el techo de chapa y se asfixiaba uno. Transportaba la mercancía hasta Żłobiska, hasta Grobów y más lejos aún.

Luego conocí a Władek y empezamos a hacerlo por nuestra cuenta, sin intermediarios, sin tías de por medio, sacábamos del vagón lo primero que pillábamos, soltábamos la pasta y arrancábamos. Yo conducía. Él sabía calcular y dar el cambio rápidamente. Tenía en la cabeza una calculadora de divisas: siete, ocho, diez monedas diferentes. Dividía, multiplicaba, restaba y sacaba porcentajes al tiempo que conversaba, fumaba, regateaba y discutía con los clientes. Era el legado de los viejos tiempos, cuando, con los bolsillos llenos de rublos, leus, forintos y coronas, bajaba hasta Suceava pasando por Chernivtsi y luego volvía por Satu Mare, Tokaj y Košice.

Ahora parábamos allá por Ożenna o al otro lado de las montañas, en Havaj, en Miková, lejos del ferrocarril, lejos de las carreteras principales. Władek estaba más gordo y más lento, pero aún se las arreglaba con las pueblerinas. Las mejores prendas las teníamos colgadas en percheros, bastaba sacarlos de la furgoneta y colocarlos en alguna plazuela frente a una tienda o un bar: americanas, abrigos, chaquetas. El resto lo llevábamos en cajones de plástico. Con un par de tablas montábamos una especie de mostrador y ya se podía comenzar. En Torysa, Władek conocía al alcalde y, cuando sacábamos la mercancía, por los altavoces del pueblo su secretaria anunciaba la irrepetible ocasión de adquirir vestimentas europeas y universales a precios increíblemente baratos en moneda local. Y a continuación venían mujeres con pañuelos violetas en la cabeza, se acercaban la ropa a los ojos, la examinaban al trasluz, manoseaban las sedas artificiales, el algodón gastado, la lana raída, y preguntaban: «*Kol'ko stojí?*», y entonces Władek alzaba

la vista al cielo, como si le hubieran tocado la fibra sensible, y respondía: «Estimada señora y querida jefa, no me venga con “*kolko*”, que esto apenas cuesta nada, esto es *darmo*, es *ieftin*, *lacno*, y de aquí al mismísimo Presvár no encontrará usted nada *olcsóbb*».¹ Agarraba el nailon verde transparente con volantes, se lo ponía sobre la oronda barriga, daba medio paso para un lado y medio para el otro, y las mujeres lo seguían con la mirada como a un mago, como a un milagrero que hubiera venido a cambiar sus vidas. «Paris-London-New York, lo pone aquí», y les plantaba ante las narices las preciosas etiquetas bordadas con hilo dorado y hechas seguramente en Estambul o en Pekín. «¡Hey, París!», contestaban, y el viento les arrancaba de las manos esas baratijas estiradas en la lavadora, esa morralla desahuciada al tercer uso, esas creaciones que estaban pasadas de moda antes de que nadie se fijara en ellas.

Sí, sin él no nos las habríamos apañado. Sin él no habríamos vendido nada ni a los gitanos. Y, si en efecto se trataba de Torysa, los gitanos bajaban de su desesperanzador poblado de madera, armado sobre las colinas que dominaban el pueblo. Sí, no les habríamos vendido nada ni a ellos, y eso que parecían gente necesitada de todo. Eran principalmente mujeres, mujeres con niños. Formaban un semicírculo y se quedaban esperando a que las blancas se dispersaran un poco, a que se cansaran de mirar y compraran algo a cambio de un billete azul o rojo. Las blancas todavía tenían un pase. Llevaban puesto algo normal, algo que ellas mismas habían elegido, algo que tenía cierto sentido, un pañuelo de flores, una falda, un delantal, algo que habían llevado sus madres, algo corriente. Pero ¡las otras! Aquello era el des-

¹ «*Kol'ko stojí?*» significa ‘¿Cuánto cuesta?’ en eslovaco. *Darmo*, *ieftin* y *lacno* significan (respectivamente en eslovaco, rumano y turco) ‘barato’. *Olcsóbb* es ‘más barato’ en húngaro. (*Todas las notas son del traductor*).

barajuste de la confección universal: amarillos, rojos, verdes y azules fosforescentes como fuegos tentadores. Bajo todo ello se vislumbraban cuerpos de chocolate, piel morena en los descosidos y el resplandor de las mil y una noches en las cremalleras rotas.

«Hermanas y hermanos negros...», así empezaba su discurso y yo ya no hacía falta. Lo dejaba y me acercaba a mirar las pulcras casas de ladrillo colocadas de cara a la carretera. Aquellos pueblos parecían ciudades bajas. Qué pueblos son esos en los que no se ven gallinas ni cagadas de caballo. Todo está escondido tras muros y verjas. En las torres cuadrangulares de las iglesias hay pintados relojes con las agujas congeladas a las doce menos cuarto, como si algo estuviera a punto de ocurrir, de llegar, de cambiar, como si fueran a venir los tártaros o los turcos, o los alemanes, o los rusos, o los estadounidenses, o como si al cabo de ese cuarto de hora fuera a ocurrir algún milagro y ya, por los siglos de los siglos, no hubiera de venir nadie más.

—¡Entonces, hermanas y hermanos negros! Sé que no tenéis dinero, sé que no tenéis mucho, aunque si por mí fuera lo tendríais a raudales, cuanto más mejor; y, además, dinero vuestro, gitano, del banco nacional gitano, y más fuerte que el dólar y el euro juntos, hermanos y hermanas...

Pero no puedo jurar que se tratase de Torysa. A lo mejor en aquella ocasión llegamos más al sur, y no fueron las mujeres blancas las primeras en rodearnos, sino directamente las otras, porque estábamos en Vlachy o en Bystrany. Era siempre él quien decidía la ruta y encontraba el camino, era él quien había ideado todo aquel negocio y quien un día había venido a decirme:

—¿Piensas seguir dando vueltas por este poblacho y trabajando para esas veinte tías que pronto serán treinta? Vamos a ir adonde de verdad nos necesitan y aún no han llegado las tías. Vamos a ir adonde aún son más pobres.